

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.



NÚMERO 2º

Madrid Febrero de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

ZARAGOZA



MARCELINO DE URQUETA

CRÓMATIPIA E. PORTABELLA Y C^{ía}

ZARAGOZA

EL FIN DE LA ÉPOPEYA.

25 DE FEBRERO ZARAGOZA

Conmemoramos la inmortal epopeya del pueblo aragonés, cuyo glorioso aniversario ha recordado España en estos días.

Al trasladar á nuestras planas las páginas más heroicas de la historia patria, el nombre de Zaragoza ha aparecido á nuestros ojos en primer término.

Urcos y Portabella, artistas que honran aquella noble tierra, han trazado un cuadro brillante de los últimos momentos del sitio.

No añadiremos una palabra, que desmerecería de la grandeza de los hechos. Cedemos la voz á los mismos franceses que combatieron contra la ciudad de los mártires y de los héroes.

Reproducimos algunos versos de inspirados poetas de aquel tiempo, y las frases que consagró el gobierno de la independencia española al valor indomable y al sacrificio maravilloso de los hijos de la Virgen del Pilar.

Carta á Napoleón I 1809

Señor:

Nunca he visto obstinación como la que ponen los enemigos en la defensa de la plaza.

He visto mujeres que han venido á hacerse matar ante la brecha.

Es preciso emprender un sitio para cada casa. Si no se tomasen grandes precauciones, perderíamos mucha gente, pues el enemigo tiene de 30 á 40.000 hombres, sin contar los habitantes de la ciudad.

El sitio de Zaragoza no se parece en nada á la guerra que hemos hecho hasta ahora. En ésta hace falta una gran prudencia y mucho vigor. Nos vemos obligados á tomar por asalto á volar con minas todas las casas. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no se puede formar idea.

En fin, señor, es una guerra que horroriza. El fuego consume en estos momentos tres ó cuatro puntos de la ciudad, que está destruida por las bombas; pero todo esto no intimida á nuestros enemigos.

MARISCAL LANNES. (General en jefe.)

Un gran historiador

El 21 de febrero, 10.000 infantes y 2.000 jinetes, pálidos, demacrados y abatidos, desfilaron ante nuestros soldados, que á su vista experimentaron un sentimiento de compasión. Penetraron nuestras tropas en la ciudad infornada, que no ofrecía más que ruinas llenas de cadáveres y de podredumbre.

De 100.000 personas, habitantes ó refugiados en los muros de Zaragoza, 54.000 habían perecido.

Una tercera parte de los edificios estaban aislados, y los otros dos tercios, agujereados por las balas y manchados de sangre, estaban infestados por miasmas mortales.

Nada en la historia moderna se ha parecido á este sitio, y es preciso en la antigüedad remontarse á dos ó tres ejemplos, como Sagunto, Numancia y Jerusalén, para encontrar escenas semejantes. Y aun el horror de este sitio supera al de los antiguos, por la potencia de los medios de destrucción descubiertos por la ciencia.

A. THIERS.

Juicio de un estrategico

Así cayó Zaragoza, después de un sitio de cincuenta y dos días de trinchera abierta, de los cuales veintinueve se invirtieron en apoderarse de las fortificaciones, y veintitrés en caminar de casa en casa.

Los españoles se enorgullecen mucho de esta defensa heroica. Es verdad que no se había visto todavía á una ciudad abierta sostener un sitio tan empeñado, y la elevación de alma de que dieron prueba los habitantes, es uno de los más

admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones, después de Sagunto y Numancia.

I. BELMAS.

(Impresario francés.)

EL PARTE OFICIAL DE LOS FRANCESES

El entusiasmo de los sitiados había llegado al último grado de exaltación. La toma de cada casa costaba un asalto, y aquellos valientes, estimulados á un tiempo por el amor de la patria y de la religión, se defendían, no solo de casa en casa, sino de piso en piso y de aposento en aposento. Fundaban toda su confianza en la Virgen del Pilar, á quien tributan en todo Aragón los homenajes de la más respetuosa devoción. Algunos religiosos corrían por las calles con sables ceñidos sobre sus hábitos animando á pelear, obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones y dando ellos el primer ejemplo en la construcción de carniceros y fabricación de pólvora.

Ni una sola mujer se exceptuaba del servicio de las armas. Palafox excitó con proclamas á que imitasen el brío y genio marcial de las antiguas amazonas.

La ciudad presentaba un aspecto horrorosísimo: muchos barrios, arruinados por los estragos de las minas, no ofrecían sino ruinas mezcladas de miembros mutilados. Las casas que se habian libertado de las explosiones y de los incendios, estaban destruidas por las bombas y las granadas; sus paredes interiores, horadadas; las exteriores, aspilladas; las puertas y ventanas, cerradas, y las calles obstruidas por maderos que las atravesaban.

La inmundicia y el aire infeccionado, la miseria, la acumulación de cien mil almas en una ciudad que ordinariamente no tenía más que cuarenta mil, las privaciones inseparables de un dilatado asedio y la reunión de toda especie de calamidades, produjeron una epidemia espantosa que consumía lo que había perdonado la guerra. Entre las ruinas y los cadáveres de que estaban cubiertas las calles, andaban como errantes algunas personas, pálidas, macilentas, extenuadas y proximas á seguir á los muertos, á quienes sus impotentes brazos no habían podido sepultar.

EL BARÓN DE ROGNAT.

(Presidente general de ingenieros del ejército francés.)

Relación publicada en la Gaceta de Francia de 23 de setiembre de 1814.

PALAFOX Á VERDIER

El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del Imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicación con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen más premio que el honor, ni yo que no la mando. Tengo ota honra, que no la cambio por todos los imperios. S. E. el mariscal Monecy se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bato; no será menos la mía si me dofiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresión, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un días que duró la vez pasada: si no supie rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperar ahora, cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que os ignominioso para las armas francesas haberla vertido inocente.

El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresión, y que el que quiere ser libre, lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre; y creo poder estar yo más en proporción de hablar al señor mariscal de rendición, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta

plaza. La prudencia, que le es tan característica, y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y más cuando ni la guerra ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es más que un pueblo, y no hay razón para que éste ceda.

Sólo advierto al señor mariscal, que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento más que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á S. E. el mariscal Monecy, con toda atención, en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis más sagrados deberes.

Cuartel general de Zaragoza, 22 de diciembre de 1808.

EL GENERAL PALAFOX.

ALOCUCIÓN

DE LA

JUNTA CENTRAL SUPLEMA GUBERNATIVA DEL REINO

Á FAVOR DE LOS DEFENSORES DE ZARAGOZA

Andará el tiempo y vendrán los días en que, sosegada la agitación funesta con que ahora el genio de la intemperancia atormentando la tierra, los amigos de la virtud y de la lealtad vengán á las orillas del Ebro á visitar estas ruinas majestuosas, y contemplándolas con admiración y con envidia: «Aquí fue, dirán, aquel pueblo que en los siglos modernos realizó ó más bien superó los prodigios antiguos de consagración y constancia apenas creídos en la historia: sin tener un regimiento, sin más defensa que una débil pared, sin otros recursos que su esfuerzo, osó primero provocar las iras del tirano, y por dos veces contuvo el impetu de sus legiones vencedoras; la rendición de esta plaza, abierta y sin defensa, costó á la Francia más sangre, más lágrimas y más muertes que la conquista de reinos enteros; no fué el valor francés quien la rindió: un contagio mortífero y general postró las fuerzas de sus defensores, y los enemigos, al entrar en ella, triunfaron de unos pocos enfermos moribundos; mas no conquistaron ciudadanos, ni vencieron á guerreros.»

Estas consideraciones de mérito, de gloria y de entusiasmo público, han movido á la Junta Suprema gubernativa del reino á expedir el decreto siguiente:

REAL DECRETO DE S. M.

«Considerando el rey nuestro señor D. Fernando VII, y á su real nombre la Junta Suprema gubernativa del reino, que los servicios hechos á la patria deben regularse más por el valor y por los beneficios que por el éxito, el cual muchas veces depende de la fortuna; atendiendo á que Zaragoza no solo no era inexpugnable, sino que considerada por principios militares, ni era defendible siquiera, y sin embargo, ha hecho una defensa cual no se cuenta de plaza alguna en el mundo, por fortificada que haya estado; á que los honores y recompensas que se conceden á un pueblo tan benemérito de la patria, son: para los que han perecido, el justo premio debido á su valor y á su martirio; á los que han quedado, un motivo de consuelo y un auxilio necesario para moderar el rigor á su infortunio, y á los demás un estímulo poderoso para que sigan su ejemplo; conociendo que Zaragoza, presente en la memoria de los españoles, será un manantial perenne de acciones heroicas y virtudes cívicas, que son las que han de salvar al Estado de la borrasca que le atormenta; apreciando como es debido la gloria singular que resulta á la nación española de la defensa admirable que ha hecho aquella ciudad, tan preciosa á los ojos de la virtud y del patriotismo, como la más insigne victoria, y queriendo, en fin, dar en señal de la alta estimación en que tiene á Zaragoza y sus habitantes, un testimonio tan singular y grandioso, como el mérito sobre que recae, se ha servido decretar lo que sigue:

1.º Que Zaragoza, sus habitantes y guarnición sean tenidos por beneméritos de la patria en un grado heroico y eminente.

2.º Que luego que el digno y bizarro capitán general de Aragón sea restituido á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta, á nombre de la nación, le dé aquella recompensa que sea más digna de su constancia invencible y de su vehemente patriotismo.

3.º Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el si-

tio, y á los soldados se les considere con la graduación y sueldos de sargentos.

4.º Que todos los defensores de Zaragoza, sus vecinos y sus descendientes gocen de nobleza personal.

5.º Que á las viudas y huérfanos de los que hubiesen perecido en la defensa, se les conceda por el Estado una pensión proporcionada á su clase y circunstancias.

6.º Que el haberse hallado dentro de la plaza durante el sitio sea un mérito para ser atendido en las pretensiones.

7.º Que Zaragoza sea libre de todas contribuciones por diez años, contados desde el día en que se haga la paz.

8.º Que desde aquella época se empuen á reedificar sus edificios públicos á costa del Estado, con toda magnificencia.

9.º Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpetua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.

10.º Que en las de todas las capitales del reino se ponga desde ahora una inscripción que contenga las circunstancias más heroicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

11.º Que se cuente una medalla en su honor como testimonio de gratitud nacional por tan eminente servicio.

12.º Que á cualquier ciudad de España que resista con la misma constancia un sitio igualmente prolongado y tenaz, se le concedan los mismos honores y prerrogativas.

13.º Que se excite á los poetas y oradores españoles á ejercitar su talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca á nombre de la nación un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso más bien trabajado sobre este sitio inmortal; llevándose por objeto en una y otra obra, no solo recomendar á la memoria y admiración del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad y del mismo horror á la tiranía.

Tendréis entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento.—EL MARQUÉS DE ASTORZA, vicepresidente.

Real Alcázar de Sevilla-9 de marzo de 1809.—A D. Martín Garay.»

LA LUCHA

El combate cruel y sangriento aumentaba el rigor, ya de tal suerte, que acababa cada cual tan sólo ansioso por dar á su rival la dura muerte. Ya la puerta Quemada, y hasta el con penetraba el francés furioso y fuerte, y oído la del Carmen combatía, que constante y audaz se defendía.

Por las calles y plazas derramado, se renueva y aumenta la matanza, y el pueblo valeroso, amotinado, acude á la defensa sin tardanza. En continuo tropel todo mezclado con el bravo escuadrón, un venganzas saltaba ya cruel, de tal manera, que cerraban los muertos la carrera.

Cuáles de las ventanas y terrados, de las armas ¡recios correteos, arrojaban los balos arrojados, y el suelo encendido y agua hirviendo, caían ya los balcones desquiciados los dejaban caer con recio estruendo, y cuáles por causar mayor estruendo lanzan hasta las tejas y el combro.

Con los sables, pistolas, bayonetas, con ostias, con piedras, con espadas, con los puñs, cuchillos y escopetas, se combaten las gentes obstinadas, no hay mano que así, vezo queden quietas, por cañas que están y quebrantadas, que corraes sus pies y pastoreadas, hay algunos que luchan de rodillas.

FR. RAMÓN VALVIDARES.

(Académico de buenas letras de Sevilla.) (Del poema La Herida.)

EL SITIO

...en ignea letras, allá sobre los cielos esplendentes, el nombre escrito está de Zaragoza; y el de Numancia allí, y el de Saururo. Mil siglos volarán sobre sus ruinas; morirán astros, flurarán imperios; eterno, ampero, su renombre y gloria durará á par del mundo en memoria.

F. MARTINEZ DE LA ROSA.

Á ZARAGOZA

(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional.) Viendo el tirano que el valor heroico domar no puede del loín de España, ni al hero oscuro de coyunta estrada dobla el fuerte Aragón la invicta frente,

juró cruel venganza, y de repente se basó en el Oreo, y con horrible saña del reino oscuro que Agueroste baña, alzó en su ayuda la impárbala gente.

De allí, el desmayo y la miseria abata; de allí, el sufrimiento así, la destructora fiebre azullero y el contagio infecta.

Ellos donaron la ciudad augusta; no el héroe, no el poder ¡decaen ahora tu triunfo, oh Carmo, y tu valor al mundo!

JUAN NICASIO GALLEGO.

PEDRO PAZ

CUENTO

Los pretendientes y desocupados que solían agruparse en las puertas del Alcázar de Madrid, comentaban con los porteros y farreria de Palacio una mala noticia.

—Mal año es este de 1663—decía un soldado,—como si no bastase la pérdida de Porpuñán y el desastre naval de Cartagena, ahora tenemos que aguantar lo de Rocroy.

—Eso de Rocroy no debe ser cierto—exclamó contra un viejo de barba blanquísima y recordada, aspecto militar y que parecía las cosas, formando un tapé sobre la frente, á la antigua moda de las Austrias.

—Por desgracia, lo sé de buena tinta—replicó el soldado,—nos han hecho seis mil prisioneros, y hemos á jado con el general, cede mil muertos en el campo; abuelo Teller, los franceses se han desquitado de lo de San Quintín.

—¿Sabéis lo que decís?—insistió el viejo;—sabéis que la infantería que mandaba el conde de Fuentes en Rocroy, no eran regimientos, como ahora los llaman por acá, sino tercios formales, no tan buenos como aquel en que serví, pero sí de su tradición y de su escuela!

—No lo ignoro, señor Teller, y sé que fuisteis sargento en uno de los tercios viejos; no duela este desastre tanto como á vos; pero nuestro ejército de Flandes ha sufrido una derrota irreparable en estas circunstancias, porque tenemos guerra en Portugal, en Cataluña y en todas partes. ¿Qué ¿se os saltan las lágrimas, abuelo Teller? La guerra es como el juego, que tiene rachas buenas y malas. Los franceses se han desquitado de una; pero los llevamos muchas de ventaja. ¿Os penéis malo? ¿Queréis que os acompañe?

—Dejadme en paz, y quedad con el diablo. Y el octogenario Teller subió las escaleras de Palacio con una agilidad que no solían tener sus piernas flacas y temblonas.

En el primer descansillo se detuvo, no para tomar aliento, sino para dejar paso y saludar á un maestro de campo, vestido á la usanza del siglo anterior, y que al bajar le miraba fijamente. Teller le devolvía la mirada con los ojos muy abiertos y haciendo el saludo militar, derecho y cuadrado; pero con todo el cuerpo tembloroso.

—Todo lo que se cuenta es verdad, sargento Teller—dijo el maestro, parándose un instante ante el veterano;—ha sido deshecha nuestra infantería. Vendrán otras maneras de pelear, pero hoy es un mal día. Preparad vuestras armas; os hemos asperado mucho, y sois el único que falta. Ya lo sabéis; formamos esta noche.

Y el maestro, devolviéndole el saludo triste-mento, bajó las escaleras, dejando á Teller maravillado y sin aliento; pero repenidamente muy pronto, echó á andar en seguimiento del maestro, hasta que tropezó con un cerrojo que había á tomar órdenes.

—Le has visto, Fernando?—dijo Teller al correo.

—¿A quién, padre?

—Al maestro de campo Pedro Paz; ha debido pasar junto á ti.

—No he visto á nadie.

—Entonces os el mismo.

—¿Qué decís, padre? ¿No es ese Pedro Paz uno que murió hace mucho tiempo?

—Sí, en el sitio de Torremunda, en 1588; hace cincuenta y ocho años. Le he visto aquí y me ha hablado. ¿Adónde!

—Padre, sosegad...

Pero el viejo no le hizo caso, y prosiguió su camino. Fernando hubiera querido seguirle, pero se le impidían sus obligaciones, y le vio desaparecer, quedando muy preocupado.

Teller salió del Palacio; confesó y comulgó en Santa María; luego entró en su habitación, que la tenía en una de las torres del Alcázar; limpió con tierra de Segovia un viejo y oxidado morrión y una alhambra de sargento, hasta dejarlos muy brillantes, y se acostó en su cama sin comer.

11

—Dormid, abuelito, que eso no puede ser: ni estáis para morir, ni los muertos salen del sepulcro—decía Celina, la hija del correo Fernando, junto á la cama de su abuelo.

UNA CONQUISTA.—HISTORIETA



En día de hermosa día, el corzo de X distrajo sus ojos corriendo detrás de sus faldas cuando...

se le apareció una mujer, una odalisca, sin duda, y por consiguiente, hermosa.

—¿Una aventural—pensó el corzo de X, y expresó el efecto que semejante belleza le producía.

—Tengo cerca de noventa años, hija mía— contestaba Tellez, —y a esta edad ya tiene más relación con los muertos que con los vivos. Además, los hombres del templo de Pedro Paz no desaparecen como los otros; dejan en sus ojos tanto amor y recuerdo... A nuestro maestro todos lo adorábamos, y meses después de muerto, le vimos todos, como te voy a ir, aparecerse a los soldados, y pelear entre nosotros, en aquel combate del dique del Escalda, que te he contado tantas veces. La cosa era muy seria; nos habían tomado la posición porque estábamos uno de los caminos para socorrer de viveros a Ambores, que tenían bloqueada. Ya hacían salvas los de la ciudad, repicaban de alegría las campanas; pero estábamos peleando a competencia españoles e italianos para recobrar aquella trinchera formidable; era ya maestro de campo del tercio, Juan del Aguila, y Bartolomé Torralba, mi capitán, cuando la sombra de Pedro Paz se presentó a nuestro lado, gritando: «¡Adelante, Torralba! ¡adelante, Tellez!» y apartaba con su hoja las picas y seguras de los ingleses, holandeses y flamencos. Y subimos, y el capitán Torralba fue el primero: allí me dieron la alabarda de sargento; tú no sabes lo que eso significaba entre aquella infantería, que así tomaba ciudades, escalando murallas, como navas, arrojándose al agua con la espada en la boca, y

IV
Cuatro hileras de frailes de diversas religiones, con hachas encendidas, esperaban en la plaza del medio del Alcázar, en cuyo centro había una fosa ancha y profunda.
Sed la media noche, y al terminar las campanadas, el maestro Pedro Paz, bengala en mano, y con un sombrero alto de riazadas y vistosas plumas, entró en la plaza sobre un caballo negro, al frente de su tercio: seguía su plana mayor y su escolta de alabardas, y vestía media armadura, y sobre su gola de hierro, airado cuello encadenado. Iba detrás la compañía de preferencia, toda de arcabuceros, y a su cabeza el capitán con su bandera encarnada sobre el peto; llevaba la bandera en su robusta diestra el mismo alférez, y un pifano y un tambor tocaban una marcha reposada, a cuyo compás caminaban ordenadamente los soldados; sin hacer ruido sus pisadas, arcaaban al hombre, la mocha arrollada a la cintura y la pólvora a la espalda.
Seguían en la misma formación las otras compañías del tercio, con armas diferentes y trajes muy diversos, todas con sus capitanes, sus alféreces y abanderados, sus pifanos y tambores, sus sargentos y furrieres. ¡Con qué marcialidad sostenían inmóviles y rectas sus largas y enfundadas picas, apoyado

—Caigan también en el sepulcro vuestras picas, antes invencibles, vuestras tomadas arcabuzas, y todo el armamento con que soportasteis el sol de Italia y los fríos y las aguas de Plando y de Holanda. ¡Soldados! la infantería española ha muerto, y vengo a licenciarlos. Romped filas, enterrad las armas y descansad en vuestras tumbas.
Se hizo en torno de la fosa un romolino de soldados; se oyó el choque metálico de las armas que caían en el fondo, la luna se ocultó tras una nube, los frailes entonaron un responso y luego apagaron sus hachas tristemente contra los muros del Alcázar.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

EN EL ÁLBUM DE MAGDALENA (HIJA DE ANTONIO GRILLO)

Tu padre a lo han contado de mil cien cosas extrañas, estupendas, maravillosas, y yo a tu oído soy una maravilla de sus asertos.

Me acuerdo, mi imagen, mi voz, mi nombre en tu idea triste, vives en mi corazón; yo me confundí en tu mente con cosas del otro mundo.

Los raritos que te hago, lo que te digo, cuanto en mi vida, lo prueba que soy tu amigo; pero ante te extraño los permisos exóticos que en mí se confían!

Me faz de ave de presa, con tal perilla, No ensamble con tu idea de un gran X, rilla; de mí te dicen cosas que al examinarlas se contradicen!

De mí te cuentan grandes cuentos o historias, mi aire vulgar no es con talde glorias, y no soy rondo, por más que lo das vueltas, lo que no entiendo.

Tal vez algo del pájaro ves en mi cara; mi mente te produce sensación rara; me das lo vago de un cuento en el que acciona desde el estrado.

Niña, que de tu vida la senda empiezas, sin ver de un camino las asperezas, y aun ignorando que, según va saliendo, se va en recta línea.

Yo soy un viejo, triste, que de las cosas caperanas alegres por donde pasa; un viejo niño, que con los que él co rreco todo es rarito.

Magdalena, que sientes hoy con delirio mi mano fría y trémula que te acaricia... ¡Oh Dios es miñera! mi mano en la del ángel que te guiara!

De tu existencia, ¡ohra suave el camino, perfume la vestura, feliz el sitio, y a través de ella trasnara, como el cielo cruza una estrella.

Cuando paso mi mano por tus cabellos, percibes algo extraño correr por ellos; coque, fascinada, por lo que eres, mi mano la de alguna hada.

Ma te no sales, niña, que tengo miedo de amarte y de tocarte ni con un dedo; pues desde niño lastimé a los objetos de mi cariño!

¡Dios a Dios por el alma que dió a tu padre, que con las penas mías no la tallara; que de mi historia no lo dé en vida tuya más que la gloria!

Que te enseñe tu madre cuando te acuesta, una oración que tenga poder celeste, con la cual ores por un viejo que anhela que nunca libres!

¡Adios... cuando yo muero, tu grandes seas, y en esta hoja de tu álbum mi escrito leas... Di muy bajito: ¡que habrá hecho Dios del viejo que me la ha escrito!

JOSÉ ZORRILLA.

RESTAURANTS CON OBSEQUIO

Con obsequio para el concurrido. La última expresión de la baratura. Se desarrolla la industria mencionada por modo alarmante en Barcelona y en Madrid, en París y en otras provincias, como decía un ministro de Estado español. Ministro de Estado... de canuto. Se multiplica sin cesar el número de personas caritativas que dan de comer al triste y consuelan al hambriento. En Madrid se extiende la vida del restaurant. Ha roto con las tradiciones, en parte: con el cocido casero, con el guiso y el estofado y la ensalada de lechuga ó de escarola. Hace algunos años ni los senadores vitáticos, generalmente hablando, sabían lo que era un restaurant. Ni conocían otro Chateaubriand que el autor de *El Genio del Cristianismo*. Pero un chateaubriand con trufas, por ejemplo, ora artículo de contrabando en nuestro país.

Ni siquiera bebían Xorés con X. Habrían traducido *desert* por «clasierto», y *puce d'ecarriero* por «copia de escribanos». Hemos progresado, afortunadamente, en el arte de comer. Hoy cualquiera sabe lo que es *ordalre*, que ya es saber. Y lo que es *vagout*, y lo que es *ría*, y *pein* y *du cognac fu Champagne*. El hombre más insignificante los un *menú*, de corrido, aunque sea mal, y le traduce a la cocina española con facilidad pasmosa. Pero si bien en literatura y en idiomas habíamos conseguido elevarnos sobre el nivel de otros países, como le Marce, l'Afganistan y otros, en economía de cocina ó en cocina económica no estábamos a igual altura.

Los últimos adelantos sorprenden, no ya al vecindario gastronómico de Madrid, si que también al viajero y al forastero. (Touriste quiere decir *sterro*, en francés vulgar.)

Los *bouillons* de París que significan, comparados con algunos de nuestros restaurantes *fin de siècle* ó *fin de monde*!

Asombra y adoca, a un tiempo, al menú de alguno de esos restaurantes mencionados. Varias personas de bien, pero ocultas de suyo, no se explican tanta baratura.

Menús bilingües, entre francés y castellano, que ofrecen al transeunte un banquete regio por una friolera, habrían leído ustedes varias veces.

«Restaurant del Casero de Oro Embolado.» Menú del día: Sopa de tortuga virgen, petitos de canard con trufas de olor, salmón de 1705 con salsa tártara viva, foie troygrás, poncharles con champignos de la patria, vol de punch au vout, petit salomon en su jugo, salados rusa, inglesa, francesa y matritense; Gíaco, queso, pastas, dulce de cocina, frutas salvajes, vinos de Burdeos con Javane, Valdepeñas viejo, Champagne de la vinda Tricot, café, cognac, tabaco y entrada para un teatrillo por horas. Un tercio, 25 céntimos. Los niños de pecho, la mitad.

No, añade el dueño del restaurant, si es el precio fijo, ni si es por liquidación ó por de furenda de animales y pescados, tanta baratura. Así vivimos en Madrid las clases agrilicas, según dice, un diputado, por decirlo apropiado.

En la gloria. Un caballero que esteña todos los restaurantes, visitó alguna de esas cocinas del Paraiso. —¿Qué tal es eso?— le preguntaron una noche, cuando llegó al café, después de comer un año de los indicados establecimientos benéficos. —No me hablen ustedes del asunto, que en poco me sacan al camarero con un tenedor. Figúrense ustedes que me sirvió un puro de tortuga, que era engreño claro; a la primera cucharada que tomé, se me pegó la lengua al paladar, y si no bebo agua en seguida, me ahogo.

—¿Qué atrocidad! —Si, rian ustedes, que el paso es gracioso. ¡Y el guiso de mundo! De porro vagabundo si que era. ¡Y el plato con música del Mambra! «Mira, mira, mira... Mira un plato de paseritas de bayeta encarnada y de paño de Santa María de Nieva, según la doreza. ¡Y la langosta! De trigo. ¡Langosta de trigo! ¡Y el venado! El amo el que es el venado, como lo he dicho. ¡Y el perdiz! De Roquefort, con pasamos naturales.

—Pero hombre, si por ese precio no pueden dar de comer más que rábanos y nacinatas, y no con exceso.

—Pero ¿por qué lo anuncian? ¿Por qué lo consenten la autoridad? Es una comida de guardarropa. Por fin, me he salido sin pagar.

—¿Sin pagar? —Si no he comido. Para eso me decían el aseno: quiero usted que lo fría un par de huevos ó que lo saquen una costilla asada!

—Que lo saquen a usted todas las sayas, respondi indignado. Cuando salí, encontré sentado en la acera a dos individuos que habían salido antes que yo del restaurant. Amételes con el policía del *Troador*.

Y a todo esto, es lo que dice el dueño de esos restaurantes: —Cuanto más da uno, más piden los parroquianos. ¡Bá un año.

EDUARDO DE PALACIO.



que se retiraba sin desordenarse ni volver la espalda bajo el fuego de los cañones y el ataque de las lanzas onómicas, y que arrollaba al avanzar cuanto se ponía por delante. —Abuelo, lo que debiste ver sería a algún soldado parecido a Pedro Paz (1).
—¿Crees que no conocíamos su cara, sus gestos, sus armas y su voz? Además, la sombra de Pedro Paz encubierta é hizo aborrecer a un soldado por cobardía. Cuando el maestro vivo Juan del Aguila vio que el verdugo del tercio iba a colgar á un coscoletos que se había fugado el muerto, preguntó con ira: ¿Quién ha osado hacer esa justicia? — El maestro difunto, contestó el ejecutor. —Y yo fui consultado, dijo el auditor, que lo escuchaba. Y añadió el escribano: Y yo doy fe. — Entonces, dijo Juan del Aguila, si lo mandó mi difunto antecesor, está bien hecho; que lo ahorquen.
—Dormid, abuelito —dijo la muchacha.
—Sí, Celia del alma; esto será mi último sueño: dormire hasta que oiga el toque de llamada.

el rogatón en la palma de la mano, los piqueros logeadarios, unos cubiertos de hierro, y otros sin armar, á la ligera! Los fornidos mosqueteros llevaban ágilmente la pesada de sus armas, sus gruesas municiones y su horquilla, y algunas hileras de arcabuceros á caballo seguían lentamente á los peones. Iban los unos muy lucidos y otros derrotados; había soldados jóvenes y viejos, según la edad en que murieron; pero todos derechos y gallardos, ofreciendo una armonía y unidad que no les daban ni los años, ni las estaturas ni los trajes, á cual más designales, sino el mismo espíritu marcial y la cohesión de una robusta disciplina. El venticillo de la sierra rizaba los abigarrados plumajes de las gorras, los sombreros y los cascos; y mareaban silenziosos los soldados, dando vueltas á la fosa, alumbrada por la luna, que se reflejaba en los coscoletos y morriones, en la punta de las picas, en los cañones de los arcabuces y mosquetes y en la guarnición de las espadas.
A una señal del maestro de campo, callaron las músicas, el tercio formó en cuadro y los alféreces se adelantaron con sus banderas ante el jefe. Estó, alzándose sobre los atribos, dijo con voz triste:

III
Aquella noche misma, poco antes de las doce, Fernando y su hija Celia estaban de puntillas en el cuarto del abuelo, creyéndolo dormido, y se lo encontraron de pie y armado.
—Abuelito, acostaos otra vez, por mi carde —dijo Celia al veterano.
—Todo el mundo descansa en el Alcázar, y las puertas están cerradas ya —dijo Fernando.
—En el Alcázar se duerme mucho, es cierto —respondió Tellez— pero por todas partes se oyen estruendos militares.
—La noche no puede estar más silenciosa, padre —contestó Fernando.
—Tiene razón el abuelo —añadió Celia— se oyen tambores á lo lejos. ¡No ois un redoble!
—¡Adios! —dijo el viejo sargento; —ese es el toque de llamada.
Y cayó muerto sobre el lecho, apretando en su rígida mano la alabarda.
Fernando separó, no sin trabajo, á la niña del cuerpo inanimado de su abuelo, y la encerró en otro aposento; luego, asomándose á la ventana, dijo:
—No se ve ni se oye nada; ilusiones de las niñas y los viejos.
Pero, Celia, toda agitada y temblorosa, oyó desde otra raja místicas que se acercaban lentamente.

—Sombras de los soldados de mi tercio: nuestros tiempos han pasado; ya es hora de enterrar estas banderas, que saludaron tantas veces al duque de Alba, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio; ¡Alféreces, arrojadlas en la fosa!
Los oficiales hicieron ondear por última vez aquellos lienzos salpicados de sangre y desgarrados por el hierro y el plomo; presentaron sus armas las compañías, batieron marcha los tambores y los pifanos, hicieron salva los arcabuces y mosquetes, y cayeron en la fosa las banderas.
El maestro prosiguió:

(1) Era general en aquel tercio la creencia en la aparición de Pedro Paz.



No era una odalisca... y por lo tanto, no podía ser hermosa.



¡Gran Dios! ¡El hája del campo!



hasta un castillo, morada probable de la hermosa.

POR ÁNGEL PONS



Y como la distancia es poco propicia al amor, trata de aproximarse. Pero la mujer esquiva el encuentro y huye.

EL ALCALDE DE MADRID

El distinguido hombre público que preside hoy el municipio de la villa y corte, es una de las personas más respetables y respetadas que figuran en el campo liberal de la política española.

D. Santiago de Angulo y Ortiz de Traspenna nació el año 25, licenciándose en Filosofía y obteniendo en la Escuela Central el título de Arquitecto, habiendo dirigido muchos notables trabajos públicos y particulares.

Progresista de convicción emigró en 1869 y afiliado siempre á la política del señor Sagasta fué nombrado en 1871 Ministro de Hacienda, en cuyo departamento puso en práctica medidas económicas de verdadera importancia, rescindió el gravoso é impopular contrato con el Banco de París y dejó memoria en el personal por sus bondades armonizadas con la más estricta justicia.

Ha sido Diputado muchas legislaturas y hoy es Senador vitalicio, habiendo sido también Presidente de Sección del Consejo de Estado.

Por elevado número de sufragios formó parte del Ayuntamiento popular de 1885 y á instancias del partido aceptó el difícil cargo que hoy desempeña.

La biografía moral del Sr. Angulo puede resumirse en estas cuatro palabras: político consecuente y sincero; hombre leal en su trato; ciudadano honradísimo, buen amigo y Alcalde integerrimo.



D. SANTIAGO DE ANGULO Y ORTIZ DE TRASPENNA.
Alcalde de RD de Madrid

EL ALCALDE DE ZARAGOZA

Hace poco que figura en el partido liberal, pues en otra ocasión en que sus electores lo llevaron al municipio de la capital de Aragón, fué á la lucha como candidato independiente.

D. Mariano Aisa y Cabrerizo, barón de la Torre, gentil hombre de S. M. es abogado y licenciado en letras.

En las últimas elecciones generales aspiró á representar en el Congreso, como candidato ministerial, el distrito de Tarazona y aunque no consiguió la victoria, fué nutridísima la votación que obtuvo.

De agradable trato, moralidad reconocida á ilustración vastísima, tiene en proyecto varias mejoras de ornato y urbanización, la construcción de un Mercado y el arreglo definitivo de la calle de Alfonso.

Su estancia en la Alcaldía ha de ser sumamente beneficiosa para la hermosa ciudad que tan ferviente culto rinde á Nra. Sra. la milagrosa Virgen del Pilar.



D. MARIANO AISA Y CABRERIZO, Barón de la Torre.
Alcalde de RD de Zaragoza

ARTÍCULOS DE PIEL

MENYO Y GARCIA

CAMISERIA INGLESA

4, Arenal, 4 MADRID.

ÁNGEL GARCÍA

33 MONTERA 33

ALTAS NOVEDADES PARA SEÑORAS.

Sederias, Lanerías, Terciopelos, Confecciones, Encages é imitaciones, Chales, Artículos para lujo, y varias caprichos de la moda.

GRANDES REBAJAS POR FIN DE ESTACION

PRECIO FIJO.

MADRID.

PERFUMERIA INGLESA

S. ROMERO VICENTE

Carrera S.º Gerónimo 3 MADRID.

AGUA DE CARABANA

MADRID.

COMPANIA FOTOGRAFICA

MADRID.

VENANCIO VAZQUEZ

GALLETAS Y BIZCOCHOS

MADRID.

COMPANIA COLONIAL

MERIE Y CIA

CHOCOLATES CAFES TAPACA GOS

Montera 8 y Calle Mayor 18 y 20, MADRID.

MEDEL

à sus queridos amigos los niños.

1804

6 ALCALA 8 MADRID

LOS TIROLESES

EMPRESA ANUNCIADORA

Oficina: BARRIO-NUOVO 7 y 9 MADRID

OLD BRANDY

COGNAC

JIMENEZ & RAMOTHE

MÁLAGA

Gran Destileria de Alcoholes de Vino

FABRICA DE LICORES Y ANISADOS

JULIAN DIAZ Y CA

CARIÑENA.

(ARAGON)

COMERCIO DE ULTRAMARINOS

VALENTIN MARTIN

MADRID

ESPECIALIDAD EN ABANICOS ARTISTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

A. L. SERRA

MADRID

GRAN BAZAR DE LA UNION

MAYOR 1 MADRID.

Fabrica de Carces DE PÍLAR LANA S.º Vito 7 ZARAGOZA

REUMA Y GOTA curación con el antirreumático «Reyser» 4 ptas. principales boticas.

CATARROS, TOS, TISIS, curación con las antisépticas «Audet» 10 ptas. boticas.

MANOS en buen uso, de excelentes marchas, garantidas. Fuencarral, 33. NAVAS.

REMONTOR Ancora, 4 pesetas, cilindro de acero desde 12 pesetas para señora N.º 30, oro desde 30. Preciosos, 17.

REUMA Y GOTA, CELENQUE, n.º 1. Hojaldrés de nata, crema y dulce.

CALLICIDA LLUCH mata los callos y toda clase de durazos. P. 1 pta. Para los pedidos, farmacia Lluch, S. Gervasio, Barcelona.